



Rodrigo Soto

Las nuevas catedrales

No tienen arbotantes, ni crucetas, ni rosetones, ni en la armonía de sus proporciones esconden, para quien sepa descifrarlas, las claves de un saber secreto. Tampoco son levantadas con el propósito de convertirse en lugares sagrados, de recogimiento o de meditación, pero cumplen la función más cercana a esta que permite el capitalismo finisecular: ser fuentes de ocio. Un ocio pendejo, falto de imaginación y a tono con los tiempos, pero ocio al fin y al cabo...

¿Quién no ha visto a las familias de la clase media ir de paseo a los centros comerciales los domingos? Allá van: rezagados tras los padres corretean los niños, paseando sus miradas sedientas, codiciosas, inyectadas, por cada vitrina y ventanal. ¿Comprar? Quizás. Probablemente poca cosa más que un helado o un *hotdog*. Porque el paseo es estar aquí, eso basta. Acaso han venido inmediatamente después de la misa. Asistir a la liturgia fue, en el mejor de los casos, una formalidad; la concesión del marido bonachón ante el capricho o la majadería de su mujer. En todo caso, el verdadero rito se celebra aquí.

Son las nuevas catedrales, levantadas a toda prisa y consagradas por el arzobispo de turno al nuevo dios omnipotente, señor y amo de nuestra vida y desgracias: el gran dios Mercado. A sus pies, como a los de todo dios que se precie, se ofician sacrificios y hecatombes: allá se pudre Ruanda -qué digo: África entera, y aunque en el norte nadie lo confiese, muchos piensan que lo mejor sería que todos se muriesen: así tendríamos un gigantesco parque natural lleno de leones, elefantes y panteras... ¿Será hoy como ha sido siempre, que la investidura de los dioses se mide por la cantidad de sacrificios que se realizan en su honor? De ser así, qué duda cabe, estamos ante la mayor divinidad de la historia.

Las nuevas catedrales suelen ser interminablemente grandes, con espaciosos corredores, escaleras mecánicas y patios interiores. Aquí y allá han dispuesto bancas para los fieles que, agotados por el ajeteo y el peregrinaje, deseen sentarse a mirar.

Grupos de adolescentes se cruzan en el medio de ninguna parte, los muchachos y muchachas coquetean y, de escribirse hoy «Romeo y Julieta», los protagonistas tendrían que conocerse en un centro comercial, qué duda cabe.

Hoy, como ayer, la liturgia está codificada al máximo.

Extraer de la billetera la tarjeta de crédito procura un placer y depara una tranquilidad acaso comparables a la que en otros tiempos dispensaba comulgar. Si antaño la música religiosa se proponía alabar a la divinidad o elevar el espíritu de los fieles, la música que flota en las nuevas catedrales es poco más que un aroma, algo liviano y casi imperceptible que nos hace sentir a gusto y olvidar que mañana lunes habrá que trabajar, y a fin de mes que pagar lo que hoy consumimos.

Pues así como la aspiración del cristianismo cayó desde sus orígenes hasta la actualidad, la idea de Progreso, primer motor del capitalismo moderno, no ha dejado de desfigurarse con los siglos hasta terminar reducida a su caricatura, que es el acto de consumir cada vez más.

Inmensas moles grises de vidrio y concreto, las nuevas catedrales se levantan como testimonio de una época que lo único que supo dar de sí, fue su obstinada fe en el consumo como pivote y eje de la vida social: de la economía a los placeres, del ocio a la productividad, nada ni nadie escapa a los designios de la nueva deidad. □